

## **Presentación de Griselda Tessio, Vice gobernadora de la Provincia de Santa Fe. Ex Fiscal Federal.**

Buenas tardes a todas y a todos, y fundamentalmente a todas las Madres que están presentes aquí, y mi agradecimiento a las autoridades del Museo de la Memoria y Memoria Abierta.

Debo confesar que hace veinticinco años que transito por estos caminos de la memoria, del olvido, del recuerdo y cada vez tengo más perplejidades, preguntándome el cómo, el porqué, pero cada vez tengo más la certeza de que esto no puede absolutamente formar parte de un archivo que acumule polvo, sino que esta memoria tiene que ser vívida, escaparse de los anaqueles de los archivos, escaparse de las bibliotecas de Alejandría quemadas y ser la recuperación, entre otras cosas, de la memoria oral, de la conciencia colectiva.

Yo suelo hacer una comparación entre una pregunta que hizo Theodor Adorno sobre Auschwitz y las preguntas que nos hacemos nosotros en la Argentina. Adorno se preguntaba qué educación era posible para el pueblo alemán después de haber vivido la "solución final" de Auschwitz. Se lo preguntó tarde, en 1969, cuando la guerra había terminado en el '45, pero de todas maneras es una pregunta que trasciende el espacio y el tiempo y nos llega a nosotros. Nosotros también tenemos que preguntarnos con todo lo que sabemos de lo que pasó durante la dictadura, qué educación es posible después de la ESMA, tomando la ESMA y Auschwitz como los paradigmas del descenso al horror. Esto sería tema de una larga charla. Adorno concluye diciendo que Alemania en realidad iba camino hacia un largo túnel con una educación que podemos bucearla en las "Cartas a la nación alemana", con una educación totalmente acrítica, disciplinaria, militarizada. Los argentinos también tenemos una deuda con el rescate de ese pasado. Nosotros todavía no hemos reflexionado cuáles fueron las causas fundamentales para que los abogados defendieran el horror, para que los médicos estuvieran al lado de las mesas de tortura diciéndoles a los torturadores que pararan, porque el prisionero se les iba a la muerte y no iban a obtener ningún dato. Nosotros tenemos una deuda con la educación, deberíamos preguntarnos qué tipo de educación tuvimos en la Argentina. Qué universidades tuvimos, cómo fue posible que durante tantísimo tiempo el Estado político, civil, no interviniera en las currículas y en los planes de estudio de las escuelas militares. También es oportuno pensar, igual que Adorno en su segunda pregunta, qué poesía podemos generar después de Auschwitz y allí le responde Celan con su poesía de silencio. Hay silencio en esa poesía, o tal vez no hay poesía y sólo hay silencio. Pero cuando leemos a Celan, hay un poema maravilloso que en una de sus partes dice: "el testigo testimonia ante nadie". Algunos de los críticos dicen que tal vez ese nadie es Dios, un Dios no confesional, un Dios como el primer mentor aristotélico o como el Dios pitagórico. Nosotros podemos preguntarnos en esa organización de archivos de la que se ha hablado acá, qué pasa con los testimonios. Porque podemos decir los testimonios de los testigos, ese testigo que testimonia ante nadie o ante nosotros ¿forma parte del archivo? Yo creo que sí, forma parte de lo que recoge no sólo la memoria oral, no sólo los procesos judiciales, sino que forma parte de esa memoria colectiva que debemos preservar. Y aquí hay un oximoron muy grande con el tema

del testimonio, porque nosotros sabemos que traer a una víctima sobreviviente de la tortura, de la muerte, del horror, a que brinde testimonio, es volverla a colocar en la situación del horror, es volverla a colocar en ese descenso hacia el mundo subterráneo. Pero no tenemos otra posibilidad de salvar lo que aconteció, no tenemos otra posibilidad de poder decir, porque nosotros no estuvimos en ese horror pero queremos recoger las palabras del horror y en este caso las palabras constituyen el horror. Sabemos que es terrible, sabemos que es duro, pero esa parte de la memoria viva solamente la pueden brindar aquellos que descendieron en los infiernos y volvieron a subir para contarnos.

Cuando digo que hace veinticinco años que me debato en estas preguntas, también quiero decir que hace veinticinco años que empezamos con un grupo de colaboradores, de colegas, de trabajadores de la memoria y de la verdad y de la justicia, para tratar de encontrar las palabras para desentrañar esto. Es cierto que al comienzo de la recuperación de la democracia los juicios a las juntas nos inspiraron, nos enseñaron. Allí se sentaron las bases de lo que no ocurrió en otros países, en el sentido de dejar impresa para siempre, de dejar cristalizada para siempre la idea de que no fueron excesos, de que no fueron riesgos colaterales, de que no fueron un grupo de exaltados, de psicópatas, que tomaron la vida y la muerte en sus manos, sino que fue un plan sistemático genocida. Es decir, para las personas que venimos del mundo del derecho, fueron delitos de lesa humanidad.

Cuando la sociedad argentina se sorprendió de los relatos que empezaron a escucharse en el Juicio a las juntas, a partir de ese momento se enviaron a las distintas cabeceras de jurisdicciones los casos que habían sido utilizados en Buenos Aires para ese juicio a Córdoba, a Rosario, a Santa Fe, a La Plata, a Tucumán, a Cuyo. Y nosotros al principio con vacilaciones, con gritos y susurros, como mirando la realidad detrás de un vidrio, oscuramente, como dice Pablo de Tarso, empezamos a investigar sin saber muy bien con qué nos íbamos a encontrar. Empezamos a investigar aquellas causas que llegaron a Santa Fe o a Rosario con muchísimos temores, porque la democracia aún estaba en pañales, porque la mayoría de la sociedad argentina no quería saber nada de este pasado en muchos de horror y en muchos otros casos de complicidad. Porque no teníamos elementos de conocimiento, porque los testigos tenían miedo de testimoniar. Y cuando empezamos a caminar, empezamos a descubrir – como se descubrió en Santa Fe- algunos restos esqueléticos. Pero en aquel momento solamente pudimos tener los informes de los anatómopatólogos, que en realidad sin saberlo limpiaron con agua y con alcohol esos restos esqueléticos cuando era lo que no debían hacer. Todavía no teníamos las técnicas de ADN y muchísimo menos de ADN mitocondrial, o sea, esos restos esqueléticos, podíamos decir por su aspecto anatómico que eran de mujeres o de varones, de jóvenes o de ancianos, de mujeres que habían dado a luz o de mujeres que nunca habían tenido un hijo, que tenían fracturas en sus huesos largos o cortos, que tenían estallidos en los cráneos, pero nada más. Eso se archivó, ya que estoy entre archiveros, recogimos los informes de los anatómopatólogos, y pensamos que no íbamos a poder avanzar más, y en verdad durante mucho tiempo no pudimos avanzar. Porque vinieron las leyes de obediencia debida y de punto final y todo lo que habíamos caminado que era vacilante, a tientas, en la

oscuridad porque nadie sabía cómo se investigaban estas causas, fue guardado celosamente en cajas. Todos los grandes tribunales en la Argentina, como ejemplo quisiera señalar los Tribunales de La Plata y de Bahía Blanca donde está nuestro querido amigo Hugo Cañón, avanzaron lo más que pudieron pero tuvieron que cesar en su posibilidad de criminalizar a los autores que virtualmente podían llegar a descubrir. Y entonces allí sí, con ese territorio vedado de la criminalización de los autores del genocidio más grande de la historia argentina, las Madres, la Abuelas, los Organismos y un grupo muy chico de fiscales convocados por el procurador general de la Nación en ese momento, empezamos a preguntarnos qué cosas podríamos hacer. Qué cosas podríamos hacer para evitar que esas tímidas investigaciones murieran en el camino. Y allí sí podríamos decir que desde 1983 hasta la fecha, los juristas, los historiadores, los científicos sociales, comenzaron a analizar este tristísimo proceso de dictadura y represión vivido en la Argentina y también en otros países en la región, amparados dentro de lo que dio en llamarse la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Roberto Mayer, que es un jurista alemán del siglo pasado, dijo una vez que el derecho es originariamente poder. Y nosotros en aquel momento dijimos "no". El derecho si es originariamente poder, es siempre entonces el derecho del más fuerte. Los débiles son aplastados por el derecho. Nosotros queríamos convertir el derecho en racionalidad, en razón. Esa idea de la modernidad incumplida, esa idea también que seguía también, paradójicamente, entre modernidad y holocausto. Y nosotros dijimos en aquel momento "el derecho tiene que ponerse del lado de los débiles". Y empezamos a escuchar algunas voces. Los Organismos presionaban y preguntaban dónde estaban sus seres queridos. Y las voces que escuchábamos eran las que venían de Grecia, de dos mil quinientos años que nosotros, era la voz de Antígona tratando de explicarnos por qué razón los seres humanos tenemos rituales de vida y de muerte. Por qué razón desde que apareció el homo sapiens sobre la tierra, hay un ritual de duelo, hay un ritual de muerte ante el misterio de la mortalidad. Si ustedes recuerdan, Creonte, el dictador de Tebas, ante la guerra civil desatada por los dos hermanos de Antígona, Eteocles y Polinices, da un bando ordenando y prohibiendo el enterramiento de Polinices que se había levantado contra la Ciudad. Antígona, desoyendo la voz del tirano, busca los restos de su hermano para darle sepultura, sabiendo que esa acción implicaba la muerte como estaba dicho en el bando de Creonte. Allí hay dos estereotipos femeninos: Ismena, la otra hermana que dice "cómo débiles mujeres vamos a levantarnos contra la ley" y Antígona que le dice "no somos débiles mujeres. Somos mujeres fuertes que sabemos que hay otras leyes más poderosas que las leyes de los poderosos". Y ese ejemplo, esa tragedia griega traída a la Argentina en 1980, en 1983, en el 85 hasta hoy, es la voz de las Madres.

Cómo fue posible que "débiles mujeres" horadaran el mundo férreo de la dictadura. Nosotros quisimos saber qué pasó con las víctimas, qué pasó con los desaparecidos. Sabemos que no vamos a encontrar a todos los que desaparecieron, sabemos que el mar y los ríos se tragaron a muchos de ellos, aunque también sabemos que muchas veces, como en el caso de Azucena Villaflor el mar y el río fueron magnánimos y devolvieron a la costa sus restos.

En aquel momento, nosotros entonces empezamos a trabajar en lo que se llamó los Juicios por la verdad y la justicia. Tuvimos sentados como testigos –fijense la paradoja si lo volvemos a relacionar con la idea de Adorno- a Galtieri, a Díaz Bessone, a todos los jefes de la conspiración contra el pueblo argentino, a los grandes dueños del genocidio. Por supuesto, todos ellos tenían amnesia total, nadie se acordaba de nada. Pero a veces decíamos con los abogados, las abogadas de la querrela: “no importa si en este momento no quieren hablar. Lo que importa es que por primera vez en sus vidas se sientan interpelados, se sientan interrogados”, aunque nos digan mentiras como sabíamos que nos estaban diciendo. Aunque se presentaran con todos sus uniformes y sus antorchados, de alguna manera ellos sabían que los estábamos mirando y el poder de la mirada es impactante. El poder de la mirada y el poder de la palabra. Cuando usábamos las palabras para la interrogación, cuando usábamos las palabras para decirles que tenían derecho a un abogado, cosa que sus víctimas no tuvieron jamás, ellos eran conscientes de que los estábamos cristalizando con la palabra. Porque en verdad la palabra es la morada del hombre y en ella habita el ser, y nosotros en ese momento éramos los dueños de la palabra así como en otros momentos los genocidas fueron los dueños de nuestras vidas, de nuestras haciendas, de nuestros honores.

Avanzamos, como dije, a tientas, en la oscuridad, a ciegas. Hasta que el Equipo Argentino de Antropología Forense vino a colaborar con nosotros. Y esa fue la síntesis de la ciencia y el derecho, de la biología, la genética y del proyecto genoma humano y el derecho. y entonces trajimos a paleontólogos, a genetistas, arqueólogos, antropólogos, hemos trabajado muchísimo mirando cómo los arqueólogos y los antropólogos hacían las excavaciones. Ellos con sólo mirar un cráneo –yo fui testigo de eso- le dijeron a un joven que estaba parado al lado de la tumba, “éste es el cráneo de tu padre” y resultó que era. Por primera vez entraron aires nuevos en los tribunales, empezamos a trabajar con historiadores, con investigadores, acá está sentada una gran amiga, Gabriela Águila, que nos enseñó a leer los libros de los cementerios. Algo que podía escamotear la verdad, porque era una inscripción rutinaria y burocrática que para nosotros no decía nada, sin embargo los expertos en documentación, en distintos niveles de lectura, descubrían cosas que nosotros no habíamos logrado ver. Así la ciencia y el derecho fueron avanzando, hasta que empezamos a plantearnos por qué no decirles a los jueces que tenemos que seguir adelante con la criminalización de estos genocidas. Por qué no decir que las leyes de punto final y de obediencia debida son nulas por inconstitucionales. Y empezamos a decirlo. Quiero decir que éramos doce o catorce fiscales, no más, sobre ciento sesenta que éramos en aquel entonces en todo el país. Pero quiero decir también que allí se nucleaba gente como Félix Croux, como Hugo Cañón, como Estela López Filoñuk, que acaba de llevar adelante el juicio a Menéndez en Córdoba y que es una gran amiga y una gran colega y una gran luchadora.

Quiero decir que de pronto nos descubrimos desde Jujuy a Tucumán, de Santiago del Estero a Resistencia, a La Plata, a Capital Federal, las causas del Primer Cuerpo de Ejército, del Segundo Cuerpo, del Tercer Cuerpo, del Quinto Cuerpo. Empezamos a descubrir un pequeño grupo que cada vez iba creciendo más. Y entonces algunos jueces nos escucharon y nos dijeron: “es cierto, estas leyes son nulas por inconstitucionales”, son nulas porque

desoyeron todos los tratados internacionales de los cuales Argentina era país signatario. Entonces fuimos por más. Y ahí abrimos las investigaciones –ahora sí- de la mano del Equipo de Antropología Forense, de la mano del ADN mitocondrial. Pero antes de eso, en Santa Fe logramos identificar alrededor de veinte restos esqueléticos. Y logramos hacer el duelo entre todos, porque no era sólo entre los familiares, porque en realidad la gente de mi generación seguimos pensando que todos eran nuestros hijos, que todos podrían haber sido nuestros hijos. Así avanzamos y en eso estamos, y en eso seguimos. A veces con grandes dolores, a veces teniendo que preservarnos para no sucumbir en la mera sensibilidad y lágrimas, y tomar distancias para avanzar en las investigaciones procesales penales.

En esta ciudad de Rosario hubo un psicópata rodeado de otros psicópatas como era Feced, que solía decir que él tenía tres mil perros rabiosos que todas las noches salían a cazar gente por la calle. Tengo para mí que esto es una jactancia, que no tenía 3.000 ni mil, de los que nosotros hemos investigado (y por supuesto yo hace un año largo que no estoy más allí) creo que deberían haber sido trescientos perros rabiosos o algo por el estilo. Porque si no la ciudad de Rosario hubiera sucumbido. Entre las cosas que se investigaron en la Unidad Fiscal investigamos la Maternidad Martí, una maternidad señera donde se llevaba a dar a luz a las jóvenes secuestradas y que luego fueron desaparecidas. Y allí nos encontramos con un gran vacío, porque alguien dentro de las etapas democráticas dijo que no había necesidad de guardar esos libros de internación, esas historias clínicas, porque no había lugar donde guardarlos. Y tenemos entonces el vacío de la complicidad porque eso no fue inocente ni ingenuo.

No estoy más en la Unidad de Asistencia de Derechos Humanos y créanme que la añoro, créanme que los extraño, porque esas experiencias fueron experiencias productivas, porque ninguno de nosotros pudo hacer nada de lo que se hizo solo, un hombre, una mujer solos nada pueden. Todas las investigaciones, todos los trabajos fueron grupales. Es hora de que ese tipo de testimonios forme parte de la memoria colectiva. Es hora que estas cosas se griten en las escuelas, en las calles, en los clubes, en las asociaciones vecinales, en los clubes de madres, en los grupos de adolescentes. Es hora de que se sepa absolutamente toda la verdad.

Para finalizar, me gusta recordar un autor que es uno de los más grandes estudiosos de los genocidios del siglo XX que es Yves Ternon, que tiene una obra muy importante que se llama El Estado criminal, en el sentido de cómo el Estado se convierte en criminal en los crímenes de lesa humanidad, cómo los crímenes de lesa humanidad están relacionados con el aparato estatal. Ternon dice que a medida que avanzaba en sus investigaciones, y contra lo que se pudiera creer que uno se va inmunizando, que uno se va vacunando contra el dolor y el horror, él dice que la ira que crecía dentro de sí lo cubría totalmente. Y yo creo que eso es así, hay una mezcla en la investigación de cólera, de ira, de horror y de dolor.

La única manera entonces de enfrentar esto es pensar que aquellos que descendieron a los infiernos, y los que escudriñaron ese descenso, vuelven a la superficie dejando siempre algo de sí allá abajo. Pero la idea es no escudriñar solamente ese descenso de las víctimas, sino mirar a los ojos al rostro del victimario. Solamente así, dice Yves Ternon, podremos llegar a

pensar que esas crueldades no se van a repetir, pero hay que estar alertas, solamente así la vida va a salvar definitivamente a la muerte.

Gracias.

Rosario, 25 de septiembre de 2008